DON ANTONIO, ENTRE BAEZA Y ÚBEDA

Por *Antonio Linage Conde*
Dr. en Historia
Profesor de la Universidad de S. Pablo (Madrid)

Para Adela Tarifa, la embajadora en Úbeda de la Alpujarra.

EN uno de los que llama «apuntes», de su período de profesor en el Instituto de Baeza, estadía inmediatamente anterior a la nuestra segoviana, nuestro poeta nos deja ver a la lechuza volando sobre el olivar. Eso es. No que lo atraviesa, en uno o varios vuelos, con más o menos altos o descansos, sino que permanece volando sobre él, indefinidamente, al menos cuando y en cuanto el poeta lo contempla y a nosotros nos dura el poema, si bien, ¿cuándo un poema que hemos hecho de nuestra intimidad, unos versos sencillamente, dejan de durarnos? Y así vemos el campo dinámico, como la propia lechuza al sobrevolarlo, muchos olivos y entre ellos algunos cortijos, y ello también en una sucesión que no se nos acaba, que se sucede y con plena naturalidad a sí misma, como el mismo vuelo en cuestión. Y además, a medio camino de Úbeda a Baeza, la encina negra y la loma de las dos hermanas.

Sí. Es el caso que, arrastrados por el vuelo de la lechuza, nosotros tampoco podemos ver el paisaje inmóvil. No sabemos si, a nuestra vez, lo estamos o nos movemos igualmente. Pero lo cierto es que el paisaje se mueve. Se nos mueve. Cual en la escueta reiteración definitoria, como si lo estuviéramos atravesando vertiginosamente, en tren o en avión. «Campo, campo, campo». Y, también cerca de Úbeda, cuando, sobre el olivar igualmente, la luna va siguiendo al poeta, nos va siguiendo.

Ahora bien, a la luz de toda esta etapa creadora baezana, de su poesía inserta en la vida de don Antonio, coherentemente con esta primera impresión, advertimos que esta vez, fue el paisaje quien salió —«quien», sí—fue saliendo, al encuentro de su cantor. Tratemos de verlo.

EL ESPACIO Y LOS ESPACIOS

Aunque la poesía machadiana no se caracterice precisamente por la dispersión de los argumentos, y sólo desde alguna óptica particular podría ha-

blarse de la variedad de sus registros, ello no quiere decir sea fácil su aprehensión tipificadora. Pensemos en lo que va de la descripción de paisajes a la tan frecuente evasión filosófica, generalmente truncadas las tales, y de la ternura a la ironía, con vetas incluso duras de cuando en vez-ahí el «nada os debo» del auto-retrato, y su deseo de tener los ojos tallados en piedra para no ver, expresado en el elogio del escultor sepulvedano Emiliano Barral.

Y esa dificultad la advertimos en Dámaso Alonso (1), mejor dicho, nos la confiesa él mismo, cuando se decide a acometer la empresa, preguntándose por lo que llama «el centro» de su obra, luego de haber distinguido las diversas etapas creadoras integrantes de la misma, por cierto muy desiguales, no ya sólo en la fecundidad, sino en la propia fuerza inspiradora: «¿Qué es lo que caracteriza al poeta? ¿En dónde encontramos algo que sea verdaderamente común a todo su arte?». Ante lo cual, opta por cerrar los ojos a la investigación e intuir. Algo muy propio suyo, y gracias a lo cual, precisamente, tanto o más que por sus saberes filológicos, a la vez que el cultivo de la sensibilidad ha hecho avanzar también sin más la ciencia de la literatura. Y llegado ese momento, no titubea ya, decidiéndose a escribir súbitamente: «Y pensamos en el arte de Machado. ¿Qué vemos? Lo primero que vemos es espacio: algo se abre y se profundiza ante nosotros. Siempre en su poesía hay un espacio que se abre y se ilumina». Tanto es así que el crítico se cree obligado a preguntarse inmediatamente por el tiempo: «¿Acaso pues no existen valores temporales en la poesía de Machado? Sí, con relativa frecuencia, pero, curiosamente, cuando más intensa es la importancia del elemento *tiempo,* éste está expresado por una abertura espacial». Para terminar llegando a escribir que el subtítulo de sus cuartillas podría ser *El espacio contra el tiempo en la crítica sobre Antonio Machado* (2).

Ahora bien, pasando ya del Espacio al espacio geográfico concreto de su experiencia, a sus diversos trozos de planeta, de tan recia diferenciación

(1) «Fanales de Antonio Machado», en *Cuatro poetas españoles* (Madrid, 1962), 137-78.

(2) Por cierto fechadas en Baeza, en la fiesta de la poesía, 21 de marzo, fiesta inicial de la primavera y la de San Benito, de 1958; «Porque creo que la crítica, más atenta a lo erudito que a lo intuitivo, se ha echado por una pista falsa, por las sendas de la temporalidad. No es mal de la crítica sobre Machado, sino de la crítica internacional de nuestros días. En lugar de ver, buscar pan de trastrigo. Ciencia, pero no intuición. Erudición, pero no sensibilidad. Fuentes, fuentes, muchas fuentes, pero no las fuentes vivas del milagro poético». El mismo Dámaso escribió sobre «Poesías olvidadas de Antonio Machado», en *Poetas españoles contemporáneos* (Madrid, 1958), 103-59.

entre sí, tanto en la óptica del geógrafo como en la del poeta, ¿cuáles son sus huellas en la poesía de Antonio Machado? ¿Cuánto, cómo y qué cuentan en su materia poética?

Ante todo, no cabe duda de ser nuestro vate ajeno a las enumeraciones desbordadas de topónimos, como de cualesquiera nombres propios. Nada parecido a esa poetización de las listas, a la manera de un Walt Whitman. Ni siquiera a la complacencia de Unamuno al escoger una sarta que a él se le antojaba de significatividad ibera por lo recio de una eufonía caracterizada: «Ávila, Málaga, Cáceres, Játiva, Mérida, Córdoba, Ciudad-Rodrigo, Sepúlveda...». Ni tampoco pasión viajera alguna en el argumento, cual la de García Lorca, el definidor a su propia manera, tan honda como rica en la superficie, de las ciudades de Andalucía —decisivo el cotejo de los ríos de Granada, de la nieve al trigo, y el Guadalquivir, entre naranjos y olivos—, pero también el de Compostela, desde dentro en la intención, y el de Nueva York, a guisa de espectador responsable tanto de la idea como del verso. O como la de Alberti, que supo adaptar la dimensión de la plena sabrosidad doméstica de su juventud andaluza con viajes a Castilla, a sus periplos planetarios de exiliado en los días ya de la aviación, tal su paralelo del Júcar y el Yan-Tse-Kiang. No.

Pero es que Antonio Machado estaba muy lejos de la preferencia por lo concreto, y ello nos llevaría a la caracterización más decisiva de su entraña poética, la que ya hizo Dámaso, y aunque pudiera revisarse, por supuesto que no es nuestra intención aquí.

Sin embargo de lo cual, para nuestro sevillano vecino de Soria y Segovia, la geografía contaba mucho, estamos tentados de decir que no era posible contara más, en cuanto protagonizó, coincidiendo con los jalones de su propia biografía —«las cosas que recordar no quiero» de su historia—, ni más ni menos que su itinerario poético de Castilla a Andalucía (3). De ahí que sus ciudades, las de su residencia, que en su caso las posibles imaginarias del mero ensueño no aparecen, por responder a una manera poética muy diversa de la suya, sean tan decisivas como para permitirnos, cada una, la aproximación a uno de los tales aspectos tipificadores de su literatura. Pues eso precisamente son las pocas, las únicas reales, de su periplo corpóreo nada más. Una trascendencia que él mismo reconoció sin andarse por las ramas (4):

(3) O sea, a la inversa que el itinerario de la geografía biográfica.

(4) «Obras Completas» (*Clásicos castellanos,* 11-14; Madrid, 1988-9; edc., Oreste Macrí, con la colaboración de Gaetano Chiappini) 4, 2.276-7; declaraciones el 8 de octubre de 1938.

> Soy hombre extraordinariamente sensible al lugar en que vivo. La geografía, las tradiciones, las costumbres de las poblaciones por donde paso, me impresionan profundamente y dejan huellas en mi espíritu. Allá, en el año 1907, fui destinado como catedrático a Soria. Mientras que el tema andaluz tiene en mí dos orígenes. De un lado, una tradición familiar que vive entre Sevilla y los Puertos. De otro, mi traslado desde Soria a Baeza, donde permanecí siete años.

Concretamente, nosotros vemos que a Sevilla la siente en el recuerdo, a Soria la describió, Baeza es el escenario de sus sueños —por eso se mueve en torno a ella, y de ahí, entre Baeza y Úbeda, el título por nosotros escogido—, Madrid es el marco de sus meditaciones y sus evasiones —«la agria melancolía de una soñada grandeza, la fantasía con que adobar la pereza»—, también a su retratista Barral, que le dijo contemplando el retrato en cuestión, y «la sierra gris y blanca pintada en el azul», el Guadarrama, hecho viejo amigo de sus tardes capitalinas. ¿Y Segovia? ¿Por qué su parsimonia en el argumento poético del profesor de su Instituto? ¿La compararemos con la gemela hacia su ciudad natal, nunca descrita y no muchas veces evocada pero siempre latente? Como que nos resulta curioso el maridaje que hace de ambas en una de sus *Nuevas Canciones:* «El acueducto romano —canta una voz de mi tierra— y el querer que nos tenemos, —chiquilla, ¡vaya firmeza!». O sea, Segovia cantada por una voz sevillana. Y teniendo por argumento la intensidad y la fidelidad en el amor, para el poeta, entonces y para siempre, entre la herida consumada y definitiva y la leve esperanza. Aunque también podemos pensar que, tan identificados con el recuerdo de la esposa muerta los campos de Soria que en lo sucesivo él ya no podría cantarlos sino rezarlos, según sus propias palabras, dado que en ellos se había quedado la flor más dulce de la tierra, la sintonía se había extendido a todo el paisaje castellano sin más. Y no olvidar desde luego las crisis en el crecimiento, las intermitencias en su producción poética, en las cuales tanto hincapié hizo Dámaso en la ocasión aludida. Pero lo cierto es que a Segovia no la dedicó ni siquiera la intensidad lírica, quizás por eso a cual más breve, pero también externamente caracterizadora, que en los días trágicos de la guerra dedicara a Valencia, la de «las finas torres y suaves noches en el lírico cielo de Ausias March», a cual más breve sí, pero sin que podamos rastrear expresamente tal brevedad misma en nuestra ciudad. Más expresamente, hemos escrito, desde luego. Que «el rumor de fuente», evocado a última hora, del palacio donde había nacido, en la luz de Sevilla, en un soneto nada menos que a su propio padre, creemos también le acompañó en nuestra etapa, pero el de Segovia ya, en su larga estadía profesoral y amical. Y otra

muestra es el cotejo de su fecundidad en ésta y en las anteriores y la última, la que va de Madrid a Colliure pasando por Valencia. «¡Blanca hospedería, —celda de viajero, —con la sombra mía!», en otra de las nuevas canciones. Pero no sólo la cuasi-monástica de la pensión de la calle de los Desamparados. Sino la ciudad entera. Con su sombra siempre. Mientras que en Soria la proyección había sido otra. Con la sombra de Leonor también, al menos, si no queremos extremar la diferencia. De ahí lo denso paralelamente de su repercusión en el telar del ritmo y la rima.

Pero hay más. Y es que esta diferencia de la actitud poética materializada en la obra de don Antonio hacia Segovia y hacia Soria, se puede quizás explicar al margen de sus avatares biográficos, por la mera postura distinta ante su paisaje castellano común en la evolución de su sensibilidad *tout court*. Y es que, donde este hombre de la Andalucía Baja se dejó captar por aquél fue en Soria. Cuando vino a Segovia, ya lo estaba definitivamente y con creces. En Soria le fue en cambio preciso conquistarse él también ese enriquecimiento, el de asumir un valor nuevo queremos decir, que en modo alguno estamos tratando de comparar. Y de ahí su necesidad, no sólo de cantarlo, sino de describirlo. De retratar los paisajes extraños para así hacerlos propios, al haberlos recreado de una cierta manera. Una aprehensión que no pudo expresar con más nitidez y vigor: «Conmigo vais. ¿Me habéis llegado al alma, o acaso estábais en el fondo de ella?». Encontrando sin embargo necesaria, incluso en ese momento final, la tal continuidad descriptiva: «colinas plateadas, grises alcores, cárdenas roquedas». Así como la expresión de su plenitud subjetiva en una pretensión de objetivarla: «donde parece que las rocas sueñan». ¿O era que ya había pasado a soñarlos, superando la fase del mero contemplador, él mismo?

Y en cambio, el paisaje olivarero de la frontera giennense, ¿por qué lo describió, con menos extensión pero con parejo vigor? ¿También por serle nuevo, que no podemos extremar el andalucismo de aquél hasta identificarlo con el sevillano nativo del poeta? Pero en este caso nos creemos dispensados de contestar inmediatamente. Porque la relación entre él y la tierra en cuestión nos parece invertida. Ya que la impresión que se tiene es la de haber sido ésta, la de los campos en torno a Baeza, la que a él le salió al encuentro y no al contrario.

Mas, tras de las huellas concretas baezanas y ubetenses ya, hagamos un inciso.

NIDO REAL DE GAVILANES

Era después de su impresión ya, en febrero de 1930, entrado el undécimo año de la etapa segoviana siguiente de don Antonio, cuando el novelista malagueño Salvador González Anaya (5), ponía punto final en su ciudad nativa a una novela desarrollada en Baeza, *Nido real de gavilanes,* en sus propias palabras «la de las calles características, donde la cal alterna con los sillares renegridos por la humedad, el ambiente algo adusto, el germánico estilo de los blasones con yelmos de pomposas cimeras, la gravedad de los modales, un balcón de barroca cerrajería con unos tiestos de claveles y las caras bonitas de las muchachas; lugar de Andalucía medio andaluz medio manchego, con patios de azulejos y los sombrosos soportales de las ciudades plateresca, balcones de ajimeces y celosías y escudos de águilas bifrontes, una fachada destellando con la cal nítida y moruna y otra hecha de sillares de piedra franca que la humedad ha denegrido (6), lugar tan distinto de los otros, marca entre cristianos y almohades que por eso se hizo a sí misma torva y dura, con un sedimento que hoy se traduce a trompetazos en la emulación filarmónica».

El protagonista fue alumno de don Antonio y así nos lo evoca (7):

> Estudió francés con Machado, el poeta taciturno de *Galerías,* por aquel tiempo catedrático, y le acompañó muchas tardes a pasear por las Montalvas. De él aprendió cosas sublimes, nada concordes con la cátedra que explicaba en el Instituto; por ejemplo, a amar el paisaje, que desde algunos sitios de las murallas desplegábase en la diaprura de sus profundos horizontes más allá del Guadalquivir. Y a más de esto, le enseñó al doncel, sin alardes, a venerar los arquetipos de la arquitectura beatiense... y los escudos de infanzones, y los joyeles plateresco, y tanta y tanta maravilla como hacen de Úbeda y Baeza —las dos ciudades de la Loma— relicarios de viejos siglos.

(5) Mucha bibliografía sobre éste, por Joaquín Entrambasaguas, en la introducción a «Las vestiduras recamadas», en el tomo VIII de *Las mejores novelas contemporáneas* (Madrid, 1958), 499-524.

(6) II, 4, «*Soy Baeza, la nombrada...*». Por cierto que resulta un tanto sorprendente la utilización que hace del pasado monástico para explicar la ambivalencia de esa psicología colectiva, a saber: «En realidad somos manchegos con gotas de andaluces, o viceversa: andaluces con savia de castellanos. La influencia de las Órdenes militares, el ideal benedictino y la aridez de los terruños hicieron a Castilla parda y adusta. La exuberancia de los verdes, la sensualidad de los árabes y el gozo franciscano de nuestros monjes infundieron sus alegrías en el espíritu andaluz. Y así somos, por esta tierra: mitad manchegos, mitad jándalos». Por supuesto que no merece la pena la corrección historiográfica...

(7) II, 10, *Lecciones de Antonio Machado.*

Mas, retomando el hilo de nuestra novela, por cierto que la acción comienza con la llegada a su pueblo de un joven tuberculoso, Alonso, luego de unos años de vida errabunda y crapulosa. Al llegar, como hijo pródigo, a la casa paterna, «aspiró olores de alhucema, de mejorana y de membrillo de que impregnábanse los cóncavos del mobiliario familiar. ¡Aromas penetrantes que le tornaban al idilio de la niñez!». Caso muy distinto el de don Antonio. Pero no podemos preterir, insistimos, el dato de que éste, al cubrir su destino en Baeza venía también a su tierra en una cierta medida —nada más, que de Baeza va a Sevilla un mundo—, después del «caso» que menos quería recordar de todos ellos.

Y desde luego que esta novela baezana lo es de carne y hueso que diríamos. Baeza —«algo seca, un poco triste, con altivez de señorío»— está pormenorizada en ella hasta el costumbrismo, lejos de cualquier contentamiento nominal o simbólico; tal los ochíos que se pregonan , «ciertas pastas con bordes y pellizquitos, sazonadas con pimentón, que se tomaban por las tardes para beber unos vasucos de Valdepeñas o Moriles»; a los cofrades en peligro de muerte les llevan una pequeña imagen del Señor de los Pasos, y la gente llama «el chocolate» tanto a las medicinas heroicas como a los últimos sacramentos; «la voz de plata, la voz de oro, la voz vibrante y cristalina de la campana de la Virgen sólo se toca en las mayores solemnidades o para honrar a los difuntos» —otras veces se llama la Beltrana, y está en la torre de San Andrés; a veces baja «del paraíso en donde eternamente mora el santo maestro Juan de Ávila que tantas voluntades aunó en Baeza»; salen los «verdejos higos de Quesada» —verdales allí», los olorosos piñones de los pinares cordobeses que los de Ibros venden en la procesión de la Virgen del Alcázar el día de la Asunción, las rojas granadas de Jimena y las peras aguanosas de Jandulilla y de Jaén; la nostalgia de los tiempos heroicos de las cabalgadas románticas: «Soy Baeza la nombrada, —nido real de gavilanes; —tiñen en sangre mi espada —de los moros de Granada —mis valientes capitanes»; la misa de moda, la de once, en San Pablo, «a la que van las niñas del chocolate con sus vestidos domingueros»; la muchacha que logre quitar un botón a la sotana de la imagen de San Trifón se casa ese año, y por esto ya el siervo de Dios se había quedado sin ninguna, secándose en consecuencia esa fuente de los milagros; la romería de carretas del Santo Cristo de la Yedra y de la Virgen del Rosel, llamándose por ejemplo escuadrantes las varas de los cofrades y subastándose en beneficio del culto los estadales ofrecidos por las mozas; estampas como la del penitenciario, don Galo Bermejo, «mórbido y grande, de mofletes como las peponas baratas, es decir, anchos y encendidos, rubio de tez y de cabellos y con

ojos azules tras de las aguas de unos cristales de miope, de mirar cándido y sin brillo, un cura de bonachona estampa, de humildes gestos, de grave y perenne sonrisa y de zapatones cuadrados. Igual que los pies, las manazas, sobadoras y morcilleras. La ropa talar, holgadísima. Y bamboleante la andadura, como los santos en las andas», con mucho poder en la política donde, a través de otros poderes con faldas, fajines y estrellas, la voluntad de aquel canónigo era la suma voluntad; la hornacina milagrosa, densa del aliento de medio pueblo, del Santo Cristo del Cambrón; y cuando «el pueblo entero huele a jamila, emanando su hedor de los patios donde se apila la aceituna y de los múltiples molinos que existen en la vecindad, advirtiéndose por todas las calles el trajín del fruto que llega y de las corambres que tornan con la hinchazón del pingüe líquido»; el casino de los señores y el de los artesanos; los dos teatros donde en carnaval tocan las sendas bandas contrincantes; los bailes de «candilillos»; las candeladas de las ánimas, hogueras encendidas en enero por los cofrades de esta advocación, que hay en todas las parroquias.

Naturalmente que no es éste el lugar de hacer la evaluación de la novelística de González Anaya, tan de otros tiempos ya, desde luego, si bien ello no justificador de que el olvido en que se la tiene no tenga excepciones. Al prologar sus obras, el doctor Marañón hacía hincapié en que lo universal está en lo local; González Blanco, a pesar de señalar la deficiente psicología de algunos personajes, llamó la atención sobre lo que tenía de jugoso, palpitante, vital y juvenil, hasta lo desbordante; se le ha achacado construir demasiado sus obras; y Cejador, además del vigor y el colorido, subrayó lo que llegaba a tener de fuerza trágica.

La trama de *Nido real de gavilanes* —en una fronda de subtítulos muy atractivos, tales *El hombre del monóculo violeta, Un encuentro en la misa de San Andrés*— cuenta unos amores provincianos urdidos en el cañamazo de viejas enemistades de familias pespuntadas de intrigas y poderes caciquiles. Muy poco que ver con el mundo de don Antonio en su destino docente. Pero en cambio sí lo tenía el marco, y de ahí nuestra evocación aquí. Como los topónimos entre Baeza y Úbeda: el Arca del Agua, el Encinar, las Montalvas; la hondura de la Torre del Clérigo, desde donde se ve «la bonita ciudad, con su pintoresco caserío y las clásicas torres de Santiago que desde allí asoman por Oriente»; y las monteras de Aznaitín. Y en el contorno: Cazorla y el nacimiento del Guadalquivir, Quesada con la Virgen de Tíscar y la dulzura de sus verdejos o higos melosos, Jimena y sus granadas, Albanchez de Úbeda con la cruz de Santiago en el escudo, el viejo señorío

de Garcíez, y Bedmar de donde era una de las mozas cantadas en una serranilla por el marqués de Santillana.

Y ya es a don Antonio mismo al que debemos evocar en la ciudad catedralicia y sus horizontes comarcanos, como lo hizo uno de sus discípulos allí, Rafael Laínez Alcalá (8), «*con su torpe aliño indumentario,* avanzando como a pasos renqueantes, apoyado en fuerte cayada rústica, grandes los zapatos, largo el abrigo con cuello de astracán, vestido de negro, rasurado con pulcritud, pero el traje maculado por las manchas de ceniza del inevitable cigarrillo; desembocando en la sosegada plazuela de Santa Cruz, frente al soberbio edificio gótico-isabelino del Seminario Conciliar, antiguo palacio de los Benavides, señores de Jabalquinto, en la cuesta de la Catedral, pues el Instituto estaba en la Casa de Capellanes de la antigua Universidad, a la esquina de esa plazuela y de la calle de la Compañía, con palmeras y rosales en el patio, teniendo que descender hasta las aulas por un ancho pasadizo escalonado y oscuro, en cuyos vanos se recortaba la recia figura del poeta, un poco inclinado hacia adelante y apoyado en su cayada dicha».

LA BAEZA DE DON ANTONIO

Don Antonio salió de Soria inmediatamente después del funeral de Leonor, que se celebró el 8 de agosto de 1912, y el 29 de octubre llegó a Baeza, con su madre, instalándose en el Prado de la Cárcel, frente al Ayuntamiento. Pasado ya mayo, escribió a Unamuno una larga carta (9), densa en muchos aspectos, acerca de la cuestión religiosa en España sobre todo, y ásperamente crítica de Baeza (10), cotejada con Soria; desgarrador todavía el recuerdo de la esposa muerta, entre la realidad del dolor y el atisbo vago, nebuloso y lejano, de la esperanza. «Algún día le visitaré en esa Baeza castellana», le dice.

Durante los años baezanos, el poeta se licenció en Filosofía y Letras, examinándose en Madrid con Ortega, Cossío y Cejador; estudió griego para leer a Platón y Aristóteles, descubrió a Descartes y Kant, y ordenó las notas tomadas en las clases que había oído a Bergson en la Sorbona.

(8) «Recuerdo de Antonio Machado en Baeza, 1914-1918», en *Strenae. Estudios de filología e historia dedicados al profesor Manuel García Blanco* («Acta Salmanticensia», Filosofía y Letras, 16; Salamanca, 1962), 249-57.

(9) Texto en o.c., 1.532-7.

(10) Discutible alguna afirmación, por ejemplo: «No faltan gentes leídas y coleccionistas de monedas antiguas. En el fondo no hay nada».

En aquellos tiempos una excursión era algo bastante serio, y de ahí hayan quedado documentadas las que hizo al nacimiento del Guadalquivir y a la Virgen de Tíscar.

Y en 1917 conoció a García Lorca, que había ido a la ciudad con un grupo de alumnos de Historia del Arte de Martín Domínguez Berrueta, entonces polémico con la pedagogía del padre Manjón, en la Universidad de Granada. En el casino de los artesanos, él recitó *La Tierra de Alvargonzález,* y Federico tocó al piano *La vida breve* de Falla.

Se ha hablado (11) de un «amor-sueño», naturalmente platónico, del poeta recién viudo por una de las hijas del director del Instituto, Leopoldo de Urquía, alumna suya en el curso de 1914 a 1915. Rafael Laínez dice que su compañera de curso, Paquita de Urquía, fue la primera que puso en sus manos un libro de poemas del profesor.

Entre sus amigos allí estaban el pintoresco farmacéutico y profesor de gimnasia en el mismo centro, Adolfo Almazán, en cuya rebotica de la calle de San Francisco, con entrada directa desde ésta, «larga y estrecha, como un tranvía, con asientos al pie de las estanterías colmadas de botes antiguos», había tertulia de catedráticos —«se platica al fondo de la botica», poetizó él; el auxiliar de matemáticas, Gómez Arenas o *Cuatro Pelos,* compañero de paseos, tales bordeando la antigua muralla para sentarse bajo el olmo de la Puerta del Conde o, más lejos, en alguno de los bancos apoyados en la espalda de la plaza de toros, allá por el Egido, o por el Paseo de la Estación del tranvía, al sol del Arca del Agua y luego, carretera adelante hacia la curva de las Montalvas, aunque no se puede asegurar que recorriera la legua y media que hay hasta Úbeda para comprar allí cerillas; el raro pequeño propietario Cristóbal Torres, también acompañante de andanzas; y Rogelio Garrido Malo, el contertulio del ya citado Casino de los Artesanos, en la calle de la Concepción.

En 1916 no consiguió un proyectado traslado a Cuenca.

Rafael Laínez ha evocado también un viaje en la diligencia de Acribite, nombre éste del iracundo, grotesto y bebedor cochero, en que le tocó

(11) ESCOLANO, F.: «Antonio Machado en Baeza», en *El Español,* 14-11-1942, y CARPINTERO, H.: «Historia y poesía de Antonio Machado», en *Celtiberia,* 2 (1951), 307-55, y «Los amores-sueños de Antonio Machado», en *Fotos,* núm. 749, julio de 1951. Urquía tenía otra hija, María del Reposo. Y ambas hermanas eran las proveedoras librarias de Laínez, pues Laínez dice que, esta vez las dos de consuno, le regalaron el primer libro en prosa de Lorca en que hablaba de la excursión baezana.

un asiento al lado de su profesor, que ya conocía sus aficiones poéticas, la que iba de Baeza a Cazorla; «apenas nos detuvimos en Úbeda, frente a la posada de Inés y junto a una tabernilla frontera a la gran Explanada, donde Acribite cambió algunas palabras con el tabernero y se atizó dos copazos de aguardiente carrasqueño» (12).

Mas ya debemos ocuparnos de la versión poética de esta topografía.

ANTE UN SEGUNDO PAISAJE ANDALUZ

«Es un pueblo húmedo y frío —destartalado y sombrío—, entre andaluz y manchego», que escribió en su *Poema de un día* o *Meditaciones rurales* (13). Y ya sabemos que levítico —«lejos suena un clamoreo —de campanas...», a la vez que «arrecia el repiqueteo —de la lluvia en las ventanas».

Los horizontes castellanos de Soria estaban muy recientes en su retina y en su sentimiento, hecho éste literatura. Por eso, desde tal óptica, es revelador, de toda una integración, recapitulador de dos parcelas de la realidad en la misma experiencia biográfica, el largo poema en cuartetos-liras, *Olivo del camino* (14), dedicado precisamente a la memoria de Cristóbal Torres, el amigo a quien ya conocemos, «caballero andaluz muerto en Baeza en 1920», y construido en torno al mito de Deméter y Demofón. A «la encina castellana crecida sobre el páramo» contrapone los olivos «enjutos pobladores de lomas y altozanos, horros de sombra, grávidos de frutos», aunque el protagonista es uno solo y solitario, olvidado, «sin caricia de mano labradora» y también «del hacha leñadora». Pero cuya sombra le sirve para ver «esos campos de su Andalucía, como a la vera ayer del alto Duero la hermosa tierra de encinar veía».

(12) «Las demás incidencias del viaje quédense para otra ocasión», apostilla Laínez. No sabemos si la ocasión llegó o no. Laínez cita también, genéricamente, conferencias y artículos sobre el período baezano de Machado, de su condiscípulo y luego abogado de Córdoba, Adolfo Chércoles Vico, que no hemos encontrado en el casi millar de títulos de la bibliografía de las Obras Completas; así como el artículo de CHAMORRO, J.: «Antonio Machado en la provincia de Jaén. Campos de Baeza», en *Paisaje,* 105 (1958), 1.842-8 (y Laínez el número 16 del *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses; en* el 6, 1960, 9-32, Chamorro escribió también sobre *Los Machado y el Guadalquivir*).

(13) O. c., 552-8.

(14) O. c., 603-7.

Y notemos, a pesar de la índole fronteriza de la ciudad de su destino, por él mismo reconocida, y de la visión negativa que tenía de su ambiente social, la insistencia del poeta de Sevilla por reconocer en ella a su tierra (15). Ahora bien, en esta postura no hay que ver tanto un enunciado intelectual como una voluntad afectiva. El poeta quería encontrarse en su tierra, sentir la ilusión del retorno, a pesar de la distancia a que seguía de su ciudad natal. ¿Qué habría ocurrido de haber vivido su esposa soriana? Esa es otra cuestión. Y a este propósito, nos preguntamos si la relación entre este sevillano y Sevilla está aclarada. Recordemos el deseo de su poeta apócrifo Abel Infanzón (16), nacido en Sevilla en 1825 y muerto en París en 1887, nada menos que la maravilla de Sevilla sin sevillanos, sin toreros ni gitanos, a la vez que la evocación tierna de la alegría del sol en el limonero y la luna sobre el tapial del huerto, y sobre todo de la Sevilla vieja —«donde se dormía el tiempo, —en palacios con jardines, —bajo un azul de convento». Mas habremos de volver sobre su impacto en la caricia que no hay duda le dispensó aquel campo giennense.

ENTRE LA DESCRIPCIÓN Y LA GEOGRAFÍA POÉTICA

Decimos descripción, sí. Porque en *Los olivos* (17) nos movemos en la misma manera de traducir poéticamente la realidad de la naturaleza por esos caminos que la tomada antes por don Antonio ante los campos sorianos.

¡El campo andaluz, peinado
por el sol canicular,
de loma en loma rayado
de olivar en olivar!

Y este arbolado se contempla y canta biográficamente, que diríamos, pero por su propia biografía vegetal y aledañas, no por la del poeta. Así, éste los ve en una tarde anaranjada, bajo una luna argentada, en una tarde cenicienta, bajo una tormenta, en los aguaceros de enero, los agostos de agua al pie, la lluvia otoñal y el viento primaveral. Y además de a ellos, personifica también a sus frutos:

(15) A propósito de la geografía, ya dijimos de la frustrada experiencia conquense. Y el poeta imaginario, único con él homónimo de los suyos, el Antonio Machado también nacido en Sevilla en 1875, fue profesor en Soria, Baeza, Segovia... y Teruel, muriendo en Huesca.

(16) O. c., 1.273.

(17) O. c., 560-3. También es un tanto descriptivo, ya en las postrimerías trágicas, el *Amanecer en Valencia. (Desde una torre), Ibíd.*, 923.

Olivar, por cien caminos
tus olivitas irán
caminando a cien molinos.

Y, perdónesenos la pedantería, yuxtapone a la geografía física la humana, al describirnos también a las gentes que, en torno a ellos, se afanan, tales los gañanes y arrieros, con sus machos abrumados de capachos, los olivareros pues además de los olivares, los de Miguel Hernández. Y, después de extender la evocación a las ciudades y los caseríos a la vera de los ríos o cobijados en la sierra, impetra, como en Soria lo hiciera para aquellas gentes del altollano numantino, la venida de Dios a sus hogares y sus almas, las de esta tierra de olivares y olivareros (18).

Y él mismo, a las soleares, coplas populares y versos de romance *A la memoria de Juan de Mairena,* las subtitula *Apuntes para una geografía emotiva de España.* Lo que en Soria no había hecho. Un enfrentamiento a lo concreto, en este caso lo toponímico individualizador a cual más, que ya decíamos no era su manera: Baeza, Mágina, el Aznaitín, trío del sol a la tormenta negra; Garcíez y Jimena entre la sed y el agua -luego se lo recordaría él a Guiomar, traspuesto el sentimiento; la luna sobre los olivares y los espartales de Alicún y de Begíjar, Alicún que tiene su poeta, como Belarda su pastor y Úbeda la plazoleta del Desengaño Mayor; una copla en la Sierra de Quesada; la delicia oronímica de Sierra Morena sin más.

Y, en noviembre de 1913, ante la faena de la siembra:

Tiene Cazorla nieve
y Mágina, tormenta,
su montera, Aznaitín. Hacia Granada
montes con sol, montes de sol y piedra.

Pero esta geografía de una Andalucía nos lleva a las otras, de nuevo ala nativa del poeta sobre todo.

EN LA NOSTALGIA DE TIEMPOS Y ESPACIOS

Desde Baeza, en 1919, invoca al Guadalquivir (19), diciendo que le ha visto nacer en Cazorla y morir en Sanlúcar —¿antes o después de haberlo

(18) En una segunda parte, en la Torre de Pero Gil, a dos leguas de Úbeda, cambia de tono, dejándose llevar de sus preocupaciones religiosas y sociológicas.

(19) O. c., 644.

hecho su hermano Manuel?. Y se pregunta si, como él, está soñando con su manantial al verse cerca del mar. Sin embargo, la situación real era la inversa. ¿Por qué la inversión? *Hacia tierra baja* (20) es el tren el que se dirige al puerto, pero sin que todavía se vea el mar a pesar de ir devorando aire marino. Y en *La luna, la sombra y el bufón* (21), al recordar a Soria desde Andalucía, puntualiza haberlo hecho en la vega por donde el Guadalquivir se va a la mar entre naranjos de oro y, además de en la Córdoba serrana, en la Sevilla labradora y marinera con la vela hinchada hacia el mar.

Y en Torreperogil, lo que desea es ser una de las torres del campo de su río natal (22).

Ahora bien, ya hemos empezado diciendo, aunque por evidente no era necesario, de la incomunicación de la vena machadiana hacia los inmensos horizontes, hacia el océano que podríamos decir. Sin embargo, ¿estamos tan seguros de que alguna vez no lo lamentó, aun cuando sintiera como muy suya la savia intimista? Sabemos que en su domicilio madrileño, uno de los infantiles, el segundo en la capital, de la calle del Almirante, número tres en concreto, le apasionaban los juegos náuticos. «Casi topa con Calpe, hasta llegar al fin de Europa», reza otro de sus apuntes (23). ¿Y aquella historia, porque llega a serlo, de los dos melancólicos encuentros de la niña y el capitán, la que le olvidó por no habérsela llevado, y olvidada se la volvió a encontrar al tomar puerto con un papagayo verde? (24). ¿Y su magistral, por sentida, elegía a Rubén Darío (25), el de la otra manera por antonomasia (26).

Otro de sus poeta apócrifos es por él llamado José Mantecón del Palacio, y vivió de 1874, cuando nació en Almería, a 1902. Con el viento de cara, va de Argel a Almería, y llega a sugerirse si no sería lo mejor no llegar. Almería era el mar de la Andalucía Oriental que nuestro sevillano no cantaría nunca. En cuanto a Manuel Cifuentes Fandanguillo, nacido en Cá-

(20) O. c., 610-2.

(21) O. c., 615-20.

(22) O. c., 716.

(23) O. c., 1.243; *Ibíd.*, 1.266, unas citas de Sevilla predominantemente marineras también.

(24) O. c., 647.

(25) O. c., 598.

(26) ALONSO, Dámaso: en las *Poesías olvidadas,* cit. en la nota, 2, pág. 150, alude a alguna ocasión en que don Antonio se dejó llevar de la interpretación modernista del paisaje.

diz en 1875, y muerto en Sevilla en 1899 de un ataque de alcoholismo agudo, le dio vida para que cantara al vino precisamente; pide un ferrocarril de cañas de Sanlúcar para que le quiten las penas, y manzanilla en barco, deleitándose con las tormentas de vino blanco en Jerez de la Frontera. Un tema, el báquico, que tampoco es el machadiano. Y no es aquí cuestión de traer a las mientes ningún paralelo biográfico. Como tampoco la pasión desenfrenada y a la postre asfixiante. Argumentos ambos que estuvieron muy vivos en la poesía lorquiana. Recordamos algunas coplas, entre lo popular y lo culto, pero ¿quién sería capaz de hacer una distinción sin solución de continuidad entre las dos venas?, de la misma tierra fronteriza de la estadía que ahora nos ocupa:

Caminante atormentado
que vas de Baeza a Úbeda
y a las estrellas despiertas
con tu canción escondida,

y más explícitamente aún:

Trovador, que trinas solo
entre Baeza y Úbeda,
te está mirando la Muerte
desde una torre moruna.

Un mundo al que el poeta sólo se asomó. Tal en *Cante hondo,* por cierto de las mejores evocaciones sevillanas que tiene, a pesar de no ser nada descriptiva, en un cierto paralelo con *Las calles están desiertas* de Federico ante la misma ciudad; y en la *Fantasía de una noche de abril* (27). Por cierto que en ésta es acreedora a reflexión la indeterminación entre Sevilla y Granada con que comienza interrogándose, por ser indiferente la elección de la una o la otra para marco del argumento. ¿Hasta dónde la unidad y la pluralidad correlativa de Andalucía y las Andalucías?

Así las cosas, lo mismo que se ha hablado de los amores-sueños de nuestro vate, ¿no podríamos un tanto sugerirnos si no hubo también en su visión de escritor algunos temas-sueños que no estaban llamados a consumarse?

Mas hemos de volver, para recapitular, a este paisaje de la Alta Andalucía que intuíamos haberle salido al encuentro.

(27) O. c., 439 y 465.

VOLANDO ENTRE BAEZA Y ÚBEDA

De nuevo, en *Viejas canciones* (28), ojeadas de geografía poética: otra vez la luna en los espartales de Alicún y sobre el Guadiana menor, fantasías de un águila de piedra en la sierra de Quesada y un caballo de granito en Puerto Lorente; ternura, esta vez sin complicaciones intelectuales, ante la Virgen de la Sierra, «una virgen risueña con un río azul en brazos». Y las dos hermanas de la Loma:

Baeza, pobre y señora,
Úbeda, reina y gitana.

Pero hay que tener en cuenta que donde el poeta se sitúa es

Entre Úbeda y Baeza,

en el camino, itinerante.

Y que la luna le va siguiendo, «sobre el olivar, cerca de Úbeda la grande, cuyos cerros nadie verá». Tan caminante que hasta llega a sentir algunos celos retrospectivos de los viejos bandoleros de su tierra. ¿Hasta la reencarnación latente?; «...el orgullo de haber sido alguna vez capitán».

Y cuando, desde su ventana (29) ve el campo de Baeza, a la luna clara, con los montes de Cazorla, Aznaitín y Mágina, los cachorros de piedra de Sierra Morena, el dinamismo del paisaje llega a cinematográfico:

Campo, campo, campo,
entre los olivos
los cortijos blancos.

Volando y volando sobre ellos la lechuza. Para acabar llevando un ramito verde a Santa María (30).

Y en *Caminos* (31), una tarde de noviembre, al cruzarse y alejarse ellos hacia los caseríos del valle y de la sierra, se mueven también, se están moviendo, lo mismo que el río entre las huertas y los olivares, por los alegres campos de la misma Baeza, y el viento sacudiendo los mustios olmos de la carretera. Como en *Otro viaje* (32), el tren también corre, por los cam-

(28) O. c., 667-9.

(29) O. c., 607-10.

(30) A propósito del andalucismo, notemos la evocación, en este mismo pararaje de Córdoba la llana y la serrana y del campo que relincha y brama donde hace vega el Guadalquivir.

(31) O. c., 545.

(32) O. c., 550-2.

pos de Jaén, «por sus brillantes rieles, devorando matorrales, alcaceles, terraplenes, pedregales, olivares, praderas y cardizales, montes y valles sombríos».

¿No es pues cierto que, a su parcial retorno a su tierra, desde la Castilla de su adopción, perenne desde luego ésta, y renovada inmediatamente en nuestra Segovia, fue aquélla la que le salió al encuentro?

Ahora bien, ¿se sintió satisfecho el Poeta de la voz con que la cantaba?:

¡Campo de Baeza,
soñaré contigo
cuando no te vea!

Se ha llegado al intimismo. La respuesta sería pues positiva.

Pero el 4 de abril de 1913, en Lora del Río (33), confiesa, al recordar la patria que tuvo en los durienses, sentirse extranjero entre los campos de la suya, y acaba exclamando, con un deje inconfundible de impotencia:

¡oh, tierra en que nací!, cantar quisiera.

Así las cosas, y sin traer a colación el papel de cada lector y de los lectores, ¿no habría que pronunciarse por una ambivalencia?

Y por otra parte, en cuanto a lo que pudo determinarlo el interludio de la fecundidad del Poeta sin más, la etapa anterior a la nuestra segoviana, habría que tener muy en cuenta la evolución durante ésta.

Pues tampoco cuando ante todo del espacio se trata, ni siquiera en la geografía literaria, la coordenada del tiempo puede dejarse de lado. Llegándonos ya la hora del colofón.

BEATUS ILLE

Y por estos caminares, tan unos y tan varios, de la geografía literaria, es ahora Úbeda la que acaba de protagonizar ésta, la Mágina de Antonio Muñoz Molina (34), fechada por éste en la propia Úbeda y en Granada, de mayo a mayo, 1983 a 1985.

(33) O. c., 548-9.

(34) *Beatus ille* (Barcelona, 1986); las citas de I, 2 y 5. Es posterior a *El invierno en Lisboa* y anterior a *El jinete polaco*.

están todavía salpicando las consecuencias de la guerra civil misma, «pero aún después de perderlo el nombre de Mágina sobrevivió en él como una iluminación de su memoria, como si le bastara pronunciarlo para derribar murallas de olvido y tener ante sí la ciudad intacta, ofrecida y distante sobre su colina azul, cada vez más precisa en su cualidad de invitación y en su lejanía inviolable a medida que todas las calles y rostros y habitaciones de Madrid se convertían para Minaya en trampas de persecución».

Y, de nuevo la índole fronteriza, entre lo castellano y lo andaluz, tanto que son dos ciudades distintas las que el personaje ve, la de su recuerdo, esta última —«otra luz la suya, dorada, fría y azul, tendiéndose desde los terraplenes de la muralla en un descenso ondulado de huertas y curvadas acequias y pequeñas casas blancas entre los granados, dilatándose en el sur hacia los olivares sin fin y la vega azulada o violeta del Guadalquivir»—, y la de su nuevo descubrimiento, la primera —«en las tardes de invierno,

El protagonista también vuelve a Úbeda, para investigar a un poeta víctima tardía de la guerra civil, y toma esa decisión cuando a él propio le una ciudad castellana de postigos cerrados y sombríos comercios con mostradores de madera bruñida y maniquíes mustios en los escaparates, ciudad de zaguanes hoscos y plazas demasiado grandes y baldías donde las estatuas soportan solas el invierno y las iglesias parecen altos buques encallados»—. Aunque siempre «Mágina, detenida y alta en la proa de una colina demasiado lejos del Guadalquivir, tan hermosa como una cualquiera de sus estatuas de mármol, como las cariátides de color de arena, con un pecho desnudo, que sostienen en las fachadas de los palacios los escudos de quienes las legaron a la ciudad como una herencia inútil, inmerecida y pagana». Y de «largas calles medievales que nunca dejan ver su final, curvadas como un arco, sino sólo ir adivinando gradualmente la forma de las casas próximas y descubrir una plaza sólo cuando se ha llegado a ella».

«Náufragos en una ciudad que es en sí misma y desde hace tres siglos un naufragio inmóvil, como un galeón de alta arboladura barroca arrojado a la cima de su colina por alguna antigua catástrofe del mar». Náufragos también los hombres a quienes encontró don Antonio en aquella Baeza, como su tiempo, tan definitivamente ida en estas vísperas del siglo XXI. Igualmente náufrago él mismo. Y ya nos ha salido el tiempo, sin pretenderlo, de la mano del espacio que aisladamente teníamos la pretensión de evocar: «Luces de Mágina en la oscuridad, sobre la niebla, reflejándose en ella como en el agua de una bahía muy lejana. Brillo incierto y líquido, velas encendidas en las capillas últimas de las iglesias. Todo parece dormir, pero

nada duerme, ni nadie. Luces de Mágina sobre una gran llanura de insomnio» (35).

Pero la novela de Muñoz Molina, que por cierto, a propósito del género a que pertenece nos convence de que en absoluto cualquier tiempo pasado no fue mejor, no es nuestro cometido aquí. Sólo queremos subrayar, con ella en las manos, cómo el hecho literario y su encarnación en la geografía son incluso más perdurables que ésta. Y que la búsqueda de sus huellas en una obra y una vida nunca es ociosa. Como en el caso de don Antonio, ni siquiera el detalle no aclarado de si compraba cerillas en Úbeda cuando prolongaba hasta ella sus paseos iniciados en Baeza.

(35) *Beatus ille,* 1, 7; 2, 12. Notemos en 2, 1, la fuerza del lugar, por escuetamente que se nos enuncie: «—Y a dónde vas a irte, entonces. —A Mágina voy a la casa de mi padre».